

# EL PENSAMIENTO DEL P. ISLA

Por María Jesusa Alvarez Ayala y  
Alejandro Eiriz Viota

nr 8933

El siglo XVIII, en que le tocó en suerte vivir al P. Isla, fue uno de los más complejos de Europa y España en orden a que se producen una serie de cambios importantes, cuya honda repercusión, como es lógico, llega hasta nuestros días.

España pasa por una de las fases más críticas de su decadencia: “la incapacidad de los gobernantes que rigieron sus destinos a lo largo del siglo XVII, la sangría de sus hombres, la depresión económica (1603-1680); el clima de derrota que predomina después de Rocroi (1643) y de la paz de Westfalia (1648), determinan una especie de marasmo colectivo que afecta también a sus manifestaciones culturales”. (1).

Pero lo peor de todo no es que España esté en decadencia, lo más grave es que aún hay mentes que se sienten orgullosas de la línea seguida durante los últimos tiempos en todos o casi todos los órdenes. Esta línea de actuación comienza mucho tiempo atrás, allá por el año 1492, cuando la clase dirigente había optado por un modelo de sociedad retrógrado. A este respecto son significativas estas líneas: “con la nobleza controlando todas las secciones importantes de la administración central y local, con su poder sobre la dirección económica del país confirmado, y con sus ideales militares y sociales justificados con la terminación de la Reconquista, llegamos a la cuestión crítica de la evolución del moderno estado español. ¿Iba Castilla a desarrollarse como una comunidad “abierta”, libre y compleja, con ideales diferentes contribuyendo a un modo común de vida o iba a adoptar un único ideal con exclusión de todos los demás?” (2). La elección fue clara y no se hizo esperar. “A este respecto 1492 es probablemente el año más importante de la historia de España. La caída de Granada representó la victoria de los ideales de la Reconquista. La expulsión de los judíos representó la victoria de la nobleza feudal sobre la clase más identificada con el capitalismo comercial. Y el descubrimiento de América significó la apertura de nuevas fronteras para las clases dominantes de Castilla” (3).

Así pues, Castilla impuso su modelo: el de una sociedad “cerrada” en la que la uniformidad era la norma y el patrón de ser. Este modelo perdura aún en el siglo XVIII, época en la que comienza poco a poco a resquebrajarse.

El instrumento con que se dotó a la clase dirigente para asegurar esta uniformidad fue la Inquisición (con la que Isla va a tener sus tropiezos a causa de la condena de su *Fray Gerundio*) la cual “no era ni más ni menos que un arma clasista utilizada para imponer sobre todas las comunidades de la península la ideología de una clase, la aristocracia eclesiástica y seglar” (4). Pero cabe decir aún más: “La Inquisición no fue la imposición de una siniestra tiranía sobre un pueblo reacio a admitirla. Fue una institución que nació de una situación socio-religiosa particular, impelida e inspirada por una ideología cristiana vieja, y controlada por hombres cuyos puntos de vista reflejaban la

(1) FRAILE, Guillermo. *Historia de la Filosofía Española*, pg. 3. B. A. C. Madrid, 1972.

(2) KAMEN, Henry. *La Inquisición española*, pg. 14. Grijalbo, Barcelona, 1972.

(3) *Ibid*, 17.

(4) *Ibid*, 15.

mentalidad de una gran masa de españoles. Fue popular al igual que los conceptos erróneos son populares" (5).

Este modelo de sociedad basado en la estructuración estamental cuyo pilar era la tradición como sostén de los privilegios adquiridos, comienza lentamente a resquebrajarse hacia fines del siglo XVIII. Pero antes una serie de hombres son conscientes de que la antigua dirección no lleva sino a una más profunda decadencia. Estos hombres van a estar dispersos en todos los estamentos y en muchos casos van a estar apoyados por la nueva dinastía de los Borbones. Con la llegada de éstos, algunos españoles miran con más confianza hacia Europa y se hacen conscientes de la profunda miseria española. Como botón de muestra de la valentía que podía suponer esta mirada y la reacción que podía ocasionar hemos de leer lo que algunos pensadores como el P. Vicente Calatayud en sus "Cartas eruditas por la preferencia de la Philosophia aristotélica para los estudios de religión" escribían: "mi dictamen, pues, ha sido siempre, leer con mucha cautela los autores extranjeros, esto es, hereges (y aun gentiles que se tienen por menos perniciosos) no sólo cuando tratan de religión, o puntos que pueden pertenecer a ella, sino también de ciencias inferiores... En fin, yo considero que las verdades que dicen los hereges, por exemplo, en la filosofía y medicina, son frutos de herege enxerto en filósofo; y todos sabemos que los frutos del enxerto siempre saben al tronco o árbol en que se puso el enxerto" (6).

El P. Isla se enfrenta en su obra "La historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas" con este tipo de planteamientos: "no vale esta consecuencia. Es hereje, luego no sabe lo que se dice, ni lo que se escribe" (7).

No pretendemos, y no es tampoco el lugar, hacer un estudio detallado de esta situación. Únicamente queremos situarnos en el ambiente ideológico de la época del jesuita leonés. Este opta por romper, aunque no frontalmente, con esa sociedad cerrada y anclada en el pasado y esta ruptura de Isla se produce en diversos frentes. Isla es fundamentalmente un hombre crítico y él mismo concibe la crítica como aquella actividad que ejercitan "los que vienen a turbarnos en la quieta y pacífica posesión en que estábamos de creer buenamente mil y quinientas cosas sin perjuicio de tercero" (8). Por eso la labor en la que se interna es ardua. Romper la ignorancia de ese pueblo español que era capaz de tener devoción a cualquier cosa. "Lo que le dio muy poca pena —a Fray Gerundio— fue la circunstancia de la santa asna, como blasfemamente, aunque con mucha inocencia por su simplicidad, la llamaban aquellos pobres rústicos" (9). No se trata únicamente de reformar la oratoria sagrada. Es mucho más que eso. Se trata de desengañar a la sociedad de la época aunque para ello haya que ejercitar la crítica con los hombres que suben al púlpito sin importarles su ignorancia, con el pueblo que acepta y aplaude esos mismos sermones, con el poder que consiente tal situación. Por esto la labor de Isla puede concebirse como semejante a la de un Torres Villarroel y la de un Feijóo. Recordemos aquella contraposición que Federico de Onís hacía entre ambos autores: "la conciencia de la miseria intelectual de España en su tiempo se despierta en Torres Villarroel de su contacto de las realidades nacionales, mientras que en Feijóo nace de un conocimiento de la cultura de otros países por la lectura de libros extranjeros" (10). En Isla se combinan ambos factores. Leyendo el "Fray Gerundio" queda constancia de cómo pocos hombres hay que como él conozcan de una manera

(5) *Ibid.*, 75.

(6) FRAILE, *op. cit.*, 17.

(7) ISLA, José Francisco. *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas*, pg. 593. Edición preparada por L. Fernández Martín. Editora Nacional. Madrid, 1978.

(8) *Ibid.*, 755.

(9) *Ibid.*, 839.

(10) Fraile, *op. cit.*, pg. 6. (Tomado de *Vida de D. Diego Torres Villarroel*, ed. La Lectura. Madrid, 1912, páginas XVIII y XIX.

tan honda la situación que describe. Pero por otra parte está constantemente haciendo referencias comparativas con respecto a otros países. Una muestra la tenemos en boca del dómine: "habéis de notar una cosa, y es la poca razón que tienen algunos señores franceses para hacer mucha burla del latín de los españoles, tratándonos de bárbaros en punto de latinidad" (11). O cuando afirma "sólo en España se estila esta vergonzosa necedad" (12) y "sólo sé que lo que se usa no se excusa, que ese es el estilo general de España" (13). De esta forma la conciencia de esa miseria le llega por la doble vertiente y de ahí le viene su carácter crítico y satírico, llevándole esto a su alistamiento con "los reformadores sociales ilustrados, que deseaban transformar la sociedad nacional como raíz primaria" (14).

No es justo, por tanto, hacer tanto hincapié en la tesis de que Isla es meramente un reformador de la oratoria. Es un reformador de las costumbres (su "Fray Gerundio" es una muestra), un reformador de la situación que él describe en su obra, que no es sino una situación social en la que están incrustados muchos otros "Gerundios".

La crítica que él efectúa contra la situación educativa es más acentuada en la parte de la Historia de Fray Gerundio que llega hasta el libro III. A partir de este libro se describen las consecuencias que se siguen en Gerundio de un tal formación. En los tres primeros libros se detiene más pormenorizadamente en la fase de la primera educación del futuro predicador y esto no es gratuito. Varios motivos pueden inducirle a ello, pero uno de ellos puede ser su pertenencia a la Compañía.

A lo largo de todo el "Fray Gerundio" parece como si el P. Isla fuese realizando una antítesis de lo que fue su vida y lo que es la de Gerundio. Isla es hijo de hidalgos y "su punto de vista era innatamente aristocrático" (16). "¿He dicho algún disparate? Porque este aplauso popular no puede nacer de otro principio" (17). El segundo a lo sumo sería hijo de cristianos viejos; el primero es educado en el seno de una familia culta; la del segundo es una familia de ignorantes; el primero estudia con los jesuitas; el segundo con el maestro de Villaornate y el dómine Zancas Largas. Y parece como si a partir de aquí el ángulo trazado por sus vidas fuera abriéndose cada vez más. No parece sino que Gerundio si hubiese tenido otra educación hubiese sido otra su vida, pues de algún modo "si el cultísimo cojo tenía una innata propensión a todo lo extravagante en orden a la ortografía y a la propiedad de la lengua castellana, el latinísimo dómine no podía tener gusto más estrafalario en todo lo que tocaba a la latinidad, comenzando por la ortografía latina y acabando por la poesía" (18). Aunque el dómine afirmaba por su parte que "todos los teatinos de Villagarcía juntos no llegaban al zancajo de su sabiduría" (19).

Los jesuitas tienen que ver desde el principio con Gerundio, aunque casi siempre sea para mal. Son como la otra cara del espejo, y aún en su ridículo nombre se mezcla la Compañía "me acuerdo bien que, cuando estudiaba con los teatinos de Villagarcía, por un gerundio gané seis puntos para la banda y es mi última y postrimera voluntad hacer inmortal en mi familia la memoria de esta hazaña" (20).

Además de ello, al pobre Fray Gerundio le amargan la existencia por cuanto le son puestos frecuentemente como modelos de oratoria. Cabría hacerse la pregunta de cómo su padre le ha dejado

(11) ISLA, op. cit, p. 195.

(12) Ibid, 396.

(13) Ibid, 420.

(14) ALBORG, Juan Luis. *Historia de la Literatura Española*. Tomo III, pág. 287. Ed. Gredos, Madrid, 1972.

(16) SEBOLD, Russell. *Introducción y notas al Fray Gerundio de Campazas del P. José Francisco de Isla*. XVIII, Espasa Calpe, Madrid, 1969.

(17) ISLA, op. cit, 253.

(18) Ibid, 167.

(19) Ibid, 167.

(20) Sebold, op. cit, LXXV.

caer en tan malas manos. La única explicación la encontramos en Sebold, quien dice que "la imbecilidad de los predicadores pedantes está determinada tanto por su herencia como por su medio" (21). Esto podemos hacerlo extensible más allá de los predicadores, al fin y al cabo el medio está constituido por toda la trama social, de modo que no basta con unos pocos años de educación, aunque sea jesuítica, pues si ésta no cae en caldo de cultivo apropiado, desfallece y muere.

El constante hincapié de Isla en los jesuitas se debe también a que éstos eran la única orden religiosa, salvo los benedictinos, que escapaba a la profunda decadencia intelectual de la España de aquellos años.

¿Cómo se había llegado a esta situación que Isla considera que es preciso reformar? "La Castilla de los siglos XVI y XVII debería ser la norma (en materia educativa) para medir y comparar las realizaciones de los demás países" (23). ¿Cómo se había llegado a una incultura tan grande del clero después de que "tanto los protestantes como los católicos ansiosos de reformas internas y proselitismo hacia el exterior estaban determinados a crear un clero educado?" (24). Este proceso es descrito con todo detalle por R. L. Kagan en su obra "Universidad y Sociedad en la España moderna". Extraemos de ella un párrafo significativo: "a fines del siglo XVII la revolución educativa había concluido ya. La asistencia a la universidad disminuyó; hasta la educación secundaria entró también en crisis. Al parecer, Europa había perdido la fe en la educación organizada (...) de hecho, en vista de las nuevas ideas que retaban a las iglesias y monarquías del siglo XVII, la educación intensiva de los laicos, en un tiempo defendida como precursora de la ortodoxia y el orden, se volvió sospechosa y era cada vez peor vista" (25).

Contra esta situación de decadencia educativa arremete Isla constantemente a lo largo de toda su obra. "Conozco que no pecas de malicia, sino de ignorancia o de inocencia" (26). Ya hemos dicho que los que mantenían una enseñanza a un nivel digno eran sobre todo los jesuitas, quienes "desarrollaron una red extensiva de colegios (...) impartían enseñanza gratuita (...) tenían un programa pedagógicamente superior al de muchas otras escuelas (...) ofrecían un programa bien organizado que duraba de cuatro a seis años de estudios de gramática y filosofía, con formación adicional en teología, matemáticas, geografía, historia y astronomía, sin olvidar la enseñanza de la moralidad, la autodisciplina y la religión (...). En España, puede suponerse que sólo quedaron al margen la alta aristocracia, siempre recelosa ante cualquier forma de enseñanza organizada, y los analfabetos pobres" (27).

Los jesuitas desarrollaron una amplia red de centros que absorbían la mayor parte del censo educativo de la época. Ahora bien, la posición de los jesuitas estaba debilitándose en un momento en que la enseñanza secundaria estaba en auge en Castilla. Debe hallarse la causa en el renacimiento de las escuelas municipales, el crecimiento de preceptores privados y la entrada retardada de las demás órdenes religiosas en la educación pública (28).

No es de extrañar que Isla tome partido de una forma tan clara en estos momentos: "lo que yo veo es que los que estudian con los teatinos no alborotan los pueblos, ni apedrean los santos, ni silban los rosarios, ni se juntan en las tabernas, ni embarran los vitores, ni se desverguenzan contra

---

(21) *Ibid*, XXXI.

(23) KAGAN, Richard. *Universidad y sociedad en la España Moderna*. pg. 23. Ed. Tecnos, Madrid. 1981.

(24) *Ibid*, 34.

(25) *Ibid*, 40.

(26) ISLA, *op. cit*, 470.

(27) KAGAN, *op. cit*, 97.

(28) *Ibid*, 99.

los flaires que estudian por otros libros... y se conocen al vuelo los que estudian con unos y con otros" (29).

Fray Matías Marquina en sus "Reparos de un penitente", es partícipe de este mismo espíritu, que deja entrever además un debate de más fondo del que nos ocuparemos más adelante. "Otros muchos habrá, —dice Marquina—, que por necios y maliciosos tomarán como verdaderos los pasajes, sólo a fin de satirizar a los frailes para vilipendiarlos; más el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen y de todos los libertinos, me persuado que no es corta su congregación, pues entran en ella de todas clases muchos millares que, sólo por haber salido de España en el breve tiempo de cuatro meses, y tomado los aires o bebido en las fuentes de los extranjeros las libertades no permitidas en España, se jactan de sapientísimos (...) item muchos charlatanes que, por haber leído cuatro hojas de historia o haber leído cuatro renglones de la física moderna, imaginan que ningún religioso sabe cosa alguna de lo que ellos saben" (30).

A pesar del enojo de Fray Matías Marquina al replicar a Isla, la situación era cierta. Los jesuitas no sólo eran los que proponían una educación más avanzada sino que traían profesores del extranjero; eran en general la orden que estaba en conocimientos científicos más al día (*Mémoires de Trevaux*) y en general ofrecían unos estudios de filosofía más modernos (P. Luis Losada).

El Fray Gerundio muestra esta situación. Sólo hay que recordar las enseñanzas del maestro de Villaornate con sus peculiares teorías acerca de la ortografía (lo cual le sirve a Isla para dar sus opiniones sobre una disputa que se estaba realizando por aquel entonces: la ortografía planteaba una serie de problemas. Habían trabajado en ella Mateo Alemán y Correas. Mayans e Isla describen las vacilaciones que se daban entre seguir un criterio etimológico, fonético y el de uso corriente, que era un problema que ya exigía solución desde el siglo XVII) (31).

El maestro de Villaornate presumía de tener "tanto caudal como cualquier otro para ser inventor" (32) y para ello inventa lógicamente su propio sistema, el cual no consiste en otra cosa que "cuando yo concibo una cosa pequeña la debo escribir con letra pequeña y cuando grande con letra grande" (34).

Abundando en la misma cuestión sigue afirmando "pues con este cuidado que el maestro tenía de Gerundio, con la aplicación del niño y con su viveza e ingenio, que realmente le tenía, aprendió fácilmente y presto todo cuanto le enseñaban. Su desgracia fue que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñaban mil sandeces formándole desde niño un gusto tan particular a todo lo ridículo, impertinente y extravagante, que jamás hubo forma de quitársele" (35).

Cuando Gerundio tiene que ir a la escuela de gramática, insiste Isla en la comparación de la enseñanza jesuítica con la que se imparte en otros centros; y la desgracia de Gerundio va a seguir su curso pues su madre se opone a que "su hijo fuera a Villagarcía a que se lo matasen los teatinos, porque cuando su marido toadía tenía las señales de una güelta de azotes que le habían dado" (36). El dómine Zancas Largas es otro botón de muestra del atraso cultural del país que se opone "al arte

(29) ISLA, op. cit, 737-8.

(30) MONLAU, (Citamos así la edición de las obras escogidas del P. José Francisco de Isla, con una noticia de su vida y escritos por D. Pedro Felipe Monlau. Tomo XV. B.A.E. Madrid, 1945. En adelante las citas las haremos por MONLAU) pg. 264.

(31) CABRE, Dolorés, pg. 496, en *El Padre Feijoo y su siglo*. "Cuadernos de la Cátedra Feijoo", n.º 18, Vol. III. Universidad de Oviedo.

(32) ISLA, op. cit, 141.

(34) *Ibid*, 142.

(35) *Ibid*, 147.

(36) *Ibid*, 159.

de Nebrija o de la Cerda, de que usan los padres de la Compañía con quienes estudié yo. Es cierto que son varones sapientísimos, pero son hombres y *hominum est errare*" (37). Gerundio aprende en esta escuela todos los defectos que poco a poco van a ir calando en su persona para hacer de ésta lo que puede considerarse un ejemplo de todos los males a que una tal educación puede dar lugar. Ahora bien, Isla se defiende de nuevo y en este caso su contrario es la madre de Gerundio, y así, si no había llevado a su hijo a estudiar con los jesuitas porque habían castigado a su marido por mal comportamiento, su hijo va a salirse de manos del domine con "cuatrocientas y diez vueltas de azotes... cosa que admiró a los que tenían noticias del rigor y severidad de Zancas Largas" (38).

El siguiente paso de la educación de Gerundio es el estudio de las Artes donde le enseña al uso de la época un maestro que estaba imbuido en las viejas doctrinas escolásticas y que como era costumbre en la época mantenía sus ojos cerrados a todo lo que significara la más mínima innovación, y aquí vemos cómo Isla se decanta a favor de los nuevos tiempos. Guillermo Fraile, en su *Historia de la Filosofía*, parece dar mayor importancia al aristotelismo de Isla en la disputa que se mantuvo sobre la física. Isla es partidario de Aristóteles y de la filosofía clásica, pero no cierra sus ojos a los avances modernos, simplemente es coherente con su tiempo y con su Compañía.

A Fray Gerundio le enseña un "furibundo aristotélico porque jamás había leído otra filosofía, ni podía tolerar que se hablase de ella". La enseñanza que recibe de filosofía es coherente con los estudios universitarios del momento. El plan de estudios se había cerrado en torno a la enseñanza de Aristóteles y éste constituyó el núcleo del programa existente desde la Edad Media hasta el siglo XVIII (40). En todo esto se hace palpable ese espíritu de cerrazón que habíamos comentado al principio. Si bien en el siglo XVI las universidades españolas habían estado abiertas a las aportaciones de toda índole que provenían de Europa, el espíritu de la sociedad de la que era producto hizo que la universidad se replegara sobre sí misma y por ello había decaído y se había puesto a la cola del saber de la época; había un miedo a mantener puntos de vista originales y lo que predominaba era el recurso a la autoridad; Sebold, citando a D. Luis López Santos, nota que "la insistencia en las citas encierra quizás una honda motivación. Los que lo practicaban descubrían una actitud mental de alta valoración de la autoridad. Para ellos sólo la exposición y el estilo han de ser obra personal; las ideas se deben tomar de otros autores" (41). Junto a esto hay que acudir a Feijóo para encontrar las causas del atraso de la universidad española. Seis son las causas que él descubre como más directas del atraso científico español, entre las que destacamos la preocupación contra toda novedad, la falsa noción de la moderna filosofía y disimulada envidia, y el mal uso del argumento de autoridad: "Es imponderable el daño que padeció la filosofía, por estar tantos siglos oprimida debajo del yugo de la autoridad" (42).

Torres Villarroel, Feijóo e Isla se han quejado frecuentemente de esa situación y así cuando un fraile que ha estudiado en Salamanca y Valladolid después de oír los desatinos que ha aprendido Gerundio, queda maravillado y afirma "señores hermanos, no tienen que arrepentirse con lo que han gastado con el maestro de Villaornate porque lo han empleado bien" (43).

Pero lo que más nos interesa ahora es hacer un estudio un poco más detallado de las opiniones filosóficas que subyacen en la obra de Isla.

---

(37) *Ibid.*, 165.

(38) *Ibid.*, 205.

(40) KAGAN, *op. cit.*, 206.

(41) SEBOLD, *op. cit.* LII (Citando a Luis LOPEZ SANTOS: *La oratoria sagrada en el seiscientos. Un libro inédito del P. Valentín Céspedes*, en R. F. E., 1946, tomo XXX, pg. 358).

(42) FEIJOO, Benito. *Argumentos de Autoridad*, 441 y ss. B.A.E., LVI.

(43) ISLA, *op. cit.*, 154.

Y aquí empieza la mayor dificultad, ¿cuál puede ser la causa de la indefinición que nosotros encontramos en el ilustre jesuita? Isla podía haberse agrupado con los elementos conservadores del país pero tenemos pruebas constantes de que no lo hace, si bien no se le puede exigir que tenga un pensamiento tan avanzado como el que se mantenía en Europa por la misma época. En este momento la avanzadilla de la cultura la llevan sectores de las clases privilegiadas, no en vano los mismos Borbones practican una política basada en la creencia de que el bienestar y aumento de la cultura redundan en el progreso generalizado de la nación y esto es algo, como todo el mundo sabe, muy típico de la Europa del XVIII y de la Ilustración, que deja sentir su influencia en España. Nuestro autor, coincidiendo también con su época, mantiene un punto de vista aristocrático que le ha entrado por una doble vía, en primer lugar por su nacimiento y en segundo lugar por su pertenencia a la orden de los jesuitas: "no en vano la Compañía había sido aristocrática desde su fundador, San Ignacio" (44). Y es precisamente el pertenecer a la Compañía lo que va a hacer de Isla un hombre abierto de tal forma que "la nota característica de su cultura fue su aperturismo... se inclinaba al conocimiento madrugador de todos los avances de la ciencia experimental... de ahí su enemiga sangrienta contra los métodos anticuados de la medicina silogística y filosófica de su tiempo" (45).

Ya hemos dicho que los jesuitas se mantenían a la cabeza de la cultura de la España de la época, que traían profesores del extranjero. Isla además es formado por el P. Luis Losada, que según palabra de Feijóo, "con generosa mano abre la puerta de la aula española al mérito de la experimental filosofía (...) según el sentir de los modernos". Este aperturismo jesuítico, con el de los benedictinos, no era del agrado de las otras órdenes religiosas o por lo menos de algunos de muchos de sus miembros, como ya hemos visto que es el caso de Fray Matías Marquina.

Sin embargo Isla no mantiene una coherencia que permita alinearle de forma tajante por sus ideas filosóficas en ninguno de los dos bandos. Así tiene razón Guillermo Fraile, cuando al hablar sobre la polémica que hubo en la física por aquellos años, dice que Isla participó "tomando partido a favor de la física aristotélica en que por lo menos tiene el mérito de poner de relieve la poca consistencia de las nuevas teorías" (46). Pero su postura no es decidida, como lo muestran muchos de sus textos, pues no tiene ninguna duda en criticar la filosofía aristotélica. Tenemos que distinguir a este respecto dos niveles: la veneración que Isla puede sentir por Aristóteles, veneración que no le lleva a evitar algunas críticas hacia él, y el uso que se ha hecho de esa filosofía aristotélica. Isla es admirador de la obra de los clásicos y es significativo ver cómo da su opinión acerca de una polémica que se mantenía en Europa por aquel periodo, polémica que podemos llamar, con John Bury, la "disputa sobre los antiguos y los modernos". La cuestión que se debatía era, en el fondo, si la humanidad progresa o las obras de los antiguos habían sido de una perfección tal que eran inalcanzables; esa cuestión, hoy ya superada, recibe por parte de Isla esta respuesta: "aunque las razones que se alegan por unos y por otros son de mucho peso, pero el número de votos que está por los primeros (los antiguos) hace incomparables excesos a los que cuentan los segundos (los modernos)" (47). Isla distingue muy bien entre la escolástica degenerada y el aristotelismo. Dirige sus ataques hacia la primera fundamentalmente y la compara con el trabajo de aquel zapatero, que antes de iniciar a su aprendizaje, le hacía "gastarse un mes en enseñarle si la facultad zapateril era arte o ciencia...". Acusa también a Fray Gerundio y Fray Blas Cebollón de la Remolacha de haber llegado a sus disparates por el desconocimiento de la dialéctica y de los clásicos.

Expone sus opiniones de un modo detallado en el libro II, capítulos I y II, cuando Gerundio

(44) SEBOLD, op. cit., XIX.

(45) FERNANDEZ MARTIN, L. (Ver nota 7) pg. 20.

(46) FRAILE, op. cit., 10.

(47) ISLA, op. cit., 224.

estudia Artes. El tono aquí es de un claro ataque al degenerado saber escolástico. "Cierta padre nuestro de su misma orden (...) harlo mejor instruido en lo que era verdaderamente lógica y verdadera filosofía que el bendito fray Toribio, viéndole tan escolastizado en aquellas vanísimas sofisterías"... y más adelante en el mismo libro, capítulo V, hay un párrafo que para nosotros es el más importante puesto que resume perfectamente la postura isliana así como su carencia de dogmatismo:

"Sobre todo se reía mucho de la grande presunción de la crítica en punto de vista de física natural, y de aquella intolerable satisfacción con que se jactaba de haber arrollado a Aristóteles abriendo los ojos al mundo para que conociese los grandes excesos que la hacía cualquiera de las físicas modernas. Aquí se descalzaba de risa el bueno del beneficiado; porque decía que, a excepción de tal cual fruslería de poca consideración, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la física de Descartes, de Newton y de Gassendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos o turbillones y materia etérea del primero, como la materia primera y las formas sustanciales del último, protestando que ni con una ni con otra explicación veía gota".

Por esto no estamos de acuerdo con Fraile en su conclusión de que Isla tome partido a favor de Aristóteles a no ser que el mismo Feijóo fuese también aristotélico: "los que nos llamamos aristotélicos, nos quebramos la cabeza y hundimos las aulas sobre si el ente es unívoco o análogo, si transciende las diferencias, si la relación se distingue del fundamento..." (49). Más bien Feijóo no es aristotélico sino baconiano. Creemos que el caso de Isla es semejante al menos en lo que respecta al aristotelismo. Tampoco es muy esclarecedora la polémica de Isla con el Conde de Peñaflores cuando le acusa de poner en su obra "cuatro especies mal digeridas de las *Mémoires de Trevaux* o el *Journal extranjero*" (50) y un poco más adelante dice que lo que pone en boca del beneficiado no son sino "desatinos filosóficos" (51). Las respuestas de Isla son tan irónicas que creemos que no está pensando otra cosa que "¡qué me vienes tú a decir!". Al menos este es el tono que emplea cuando se refiere a Gómez Pereira como precursor de Descartes.

Isla es consciente de pertenecer a los sectores avanzados y se sitúa a sí mismo al lado de esos hombres. "Este anti-Gerundio y anti-Isla... es un anti-Feijóo, un anti-Montiano, un anti-Flórez y un anti-todo lo sabido que hay en España" (52).

Otro de los puntos de contacto de Isla con Feijóo es la polémica surgida sobre la medicina, entre el médico Martín Martínez con su obra *Medicina Scéptica* y Pedro Aqueña con sus *Breves Apuntamientos en defensa de la medicina y de los médicos contra el Teatro Crítico Universal*. La polémica no tiene mayor interés pero "tiene importancia como testimonio de un estado de ánimo" (53), pues en ella se plantea el mismo enfrentamiento entre los novatores y los partidarios de la antigua usanza. Isla se pone a favor de los novatores como Feijóo, con su *El Tapaboca*. Papel respondiendo a otro con que el doctor Araújo criticó los discursos del reverendísimo Feijóo sobre la medicina".

A todo lo largo de su vida Isla defiende la obra del benedictino. En el Fray Gerundio podemos ver eso en varios pasajes. Isla, con fray Martín Sarmiento, también leonés, es uno de esos "dos hombres que defendieron a Feijóo con la fuerza que pudiera defenderse entonces la combatividad de un "Paso Honroso" (54).

(49) FEIJOO, Benito. *Causas del atraso que se padece en España*. pág. 542. B.A.E. LVI.

(50) MONLAU, op. cit, 371.

(51) Ibid, 372.

(52) Ibid, Carta LXXIII, 586.

(53) FRAILE, Op. cit, 19.

(54) MORROS, Julio. *La medicina, los médicos y el P. Feijoo* n.º 18, vol. II. En el P. Feijoo y su siglo. Universidad de Oviedo.

Las mismas dudas por las que atraviesa Feijóo las tiene Isla, ambos son lectores de las *Mémoires de Trevaux* revista jesuítica en la que se exponen los puntos de vista de sus miembros sobre cuestiones filosóficas y científicas del momento. La evolución del pensamiento feijoniano correrá muchas veces paralela a la exposición del discurso de la revista. Una prueba de ello es lo que le ocurre al benedictino en su postura en lo referente a Newton, si bien en un principio le parece, como a los redactores, que la teoría de la atracción es una reedición de las viejas cualidades ocultas, más tarde se mostrará partidario de ella porque "como certifican los diaristas de Trevaux se enseña en el Colegio Romano, que desde 1729 está en el "más alto puesto de la física moderna" (55).

Las dudas de Isla vienen determinadas por la enseñanza del P. Losada, el cual aunque tiene el mérito de haber expuesto en España las nuevas corrientes las ha atacado con toda su fuerza en aquellos puntos en que le parece que no están acordes a la ortodoxia; el eclecticismo de Losada va a dejar huella en su discípulo y por eso Isla va a ser también un ecléctico (56).

De que Isla es un hombre más bien moderno, tenemos además la prueba de otro gran conoedor suyo, Monlau, quien dice que "el *Teatro Crítico* tuvo tantos impugnadores como treinta años después había de tener el *Fray Gerundio*; el padre Feijóo se defendía enérgicamente, como andando el tiempo había de defenderse también el padre Isla. Pero no le servía de poco la cooperación de los inteligentes que le ayudaban a anonadar a sus adversarios. Uno de estos cooperadores celosos y desinteresados fue el padre Isla, quien, joven entonces, lleno de savia y vigor, y simpatizando con las buenas doctrinas que sembraba el esforzado Feijóo..." (57).

El *Fray Gerundio* está inscrito además en otro contexto más amplio, del que Isla da cuenta a veces de una manera directa y otras indirecta. Solapadamente expresa sus opiniones aunque cuidándose de dejar escrita ya su defensa.

Al leer la Carta de Fray Matías Marquina, observamos en ella con toda claridad un enfrentamiento, también solapado, con la Compañía de Jesús, y es que, desde tiempo atrás, una lucha honda estaba entablada a diversos niveles en el seno de la Iglesia entre distintas órdenes religiosas.

Ya en el siglo XVI se había establecido una lucha seria en torno a la cuestión "de auxiliis", entre Domingo Bañez y Luis de Molina. En esta polémica, que enfrentó a dominicos y jesuitas, se había recurrido a la Inquisición y a la autoridad papal. Se discutían cuestiones referentes a la libertad humana y el concurso de la gracia. Los dominicos presentaron el sistema de la *praemotio physica* y los jesuitas el de la ciencia media. El problema de fondo era cómo armonizar la libertad humana con el conocimiento divino. (El desarrollo de esta cuestión puede seguirse más detalladamente en Abellán, *Historia Crítica del Pensamiento Español*, tomo II). Esta lucha había abierto heridas que aún estaban sin cerrar y que en este momento van a abrirse con motivo de otros problemas.

En el siglo XVIII se produce un intento de los monarcas de ampliar sus poderes incluso en las esferas del poder papal. Esta lucha política va a ser mezclada por la Compañía de Jesús con otra ideológica como es la lucha que venía manteniendo con el jansenismo. "En el seno de la Iglesia española se había formado poco a poco un grupo dispuesto a sostener una política real firme. Los que lo componían recibían el nombre de "jansenistas", epíteto que les aplicaron sus enemigos, principalmente los jesuitas" (58).

De esta manera el jansenismo que carecía en España de apoyatura ideológica va a tener una honda repercusión y los jesuitas que hasta entonces se habían mantenido en posturas más bien li-

(55) CENAL, Ramón, (S.I.) *Fuentes jesuíticas francesas de la erudición filosófica de Feijoo*. En el P. Feijoo y su siglo. Pg. 298, n.º 18, vol. II. Universidad de Oviedo.

(56) SEBOLD, op. cit. XXIX.

(57) MONLAU, op. cit. XXXI.

(58) HERR, Richard. *España y la revolución del siglo XVIII*. Pág. 12. Aguilar, Madrid, 1964.

berales se van a encerrar en un dogmatismo bastante agudizado. Aparece de nuevo el problema de la predestinación y el libre albedrío, pues los jansenistas habían atacado la obra de Molina porque “la creían destructora de la moral verdadera”.

La Compañía es el enemigo más inmediato en otros lugares de Europa del movimiento jansenista y esta inquina la extienden los jesuitas españoles a todo aquel que se oponga a sus puntos de vista, sobre todo desde el puesto privilegiado que ocupan en la Inquisición. Desde este lugar se enfrenta la Compañía al resto de las órdenes con motivo de la inclusión en el Índice, por su cuenta y riesgo, de la obra del cardenal agustino Noris en el año 1747. “Lo que provocó más hostilidad fue que el apéndice del libro se publicara con el título de Catálogo de libros jansenistas...”. El hecho de que la Inquisición se hubiera puesto de parte del bando ortodoxo en la controversia jesuítico-jansenista, significaba que el Índice se había convertido en una herramienta de facción, y que había comenzado la era del conflicto político” (60).

En este contexto de luchas es publicado el libro de Isla, que constituye a los ojos de Herr, “una falta de tacto notoria” falta de tacto que hace extensiva a toda la Compañía.

El P. Isla participa de este espíritu. Todas sus referencias a los jesuitas en el *Fray Gerundio* vienen impregnadas de un aire de superioridad. Dejando a un lado la cuestión del *Fray*, que tanta polémica levantó pues los jesuitas no utilizaban este término, observamos que siempre que expone sus puntos de vista los avala preferentemente con obras de jesuitas: “un jesuita francés”, (p. 253), “un tratadillo oratorio del padre Sanadon, jesuita” (p. 286), “al habilísimo jesuita Honorato Fabri” (p. 298), “solamente les agradan —a los que critican a Fray Blas y Fray Gerundio— aquellos sermones que se parecen a los de los teatinos” (p. 413-4). Mientras que son raras las referencias concretas a otras órdenes religiosas.

Otra polémica a la que Isla acoge para dar respuesta es aquella que derivaba del Concilio de Constanza sobre la superioridad de los Concilios sobre el Papa. “Lo que creemos los católicos que estudiamos por Astete, es que el Papa nada ha menester la mayor parte ni la menor parte de los obispos para errar dichas definiciones, porque la infalibilidad no se la prometió Cristo a éstos, sino a aquél” (61).

En el fondo, lo que existía era un ataque desenfrenado contra la Compañía a la que acusaban de mantener el probabilismo y ultramontanismo, amén de otras doctrinas como el regicidio. Pero no se trataba de esto. Llegado un momento, a la clase dirigente la Compañía le comenzó a estorbar yendo progresivamente perdiendo poder hasta su expulsión primero y su extinción después. Isla responde en concreto a estas cuestiones en su *Anatomía del Informe de Campomanes*, donde da una vez más pruebas de su amplia cultura así como de su capacidad para destruir los argumentos de sus adversarios. La defensa de Isla se basa, a grandes rasgos, en los siguientes puntos: que las doctrinas que se atribuyen a los jesuitas o bien son ortodoxas o bien han sido expuestas antes por otras órdenes, o bien que si no se ajustan a la ortodoxia no han sido privativas de la Compañía en cuanto tal, sino de algunos de sus miembros, a los que la Compañía en su conjunto se habría opuesto. (Un informe detallado de esta cuestión se encuentra en: *Anatomía del Informe de Campomanes*. Prólogo y notas del P. Conrado Pérez Picón a la obra del P. Isla. Institución Fray Bernardino de Sahagún, León 1979).

Muchas otras cuestiones podrían ser sacadas al hilo de la obra del P. José Francisco de Isla. Esperamos simplemente haber dado a conocer un poco más a este leonés que va a hacer 200 años que murió, lejos de su patria y de su Tierra de Campos, perseguido por haber sido fiel a sus principios.

---

(60) KAME, Henry. Op. cit, 277.

(61) ISLA, op. cit, 325.